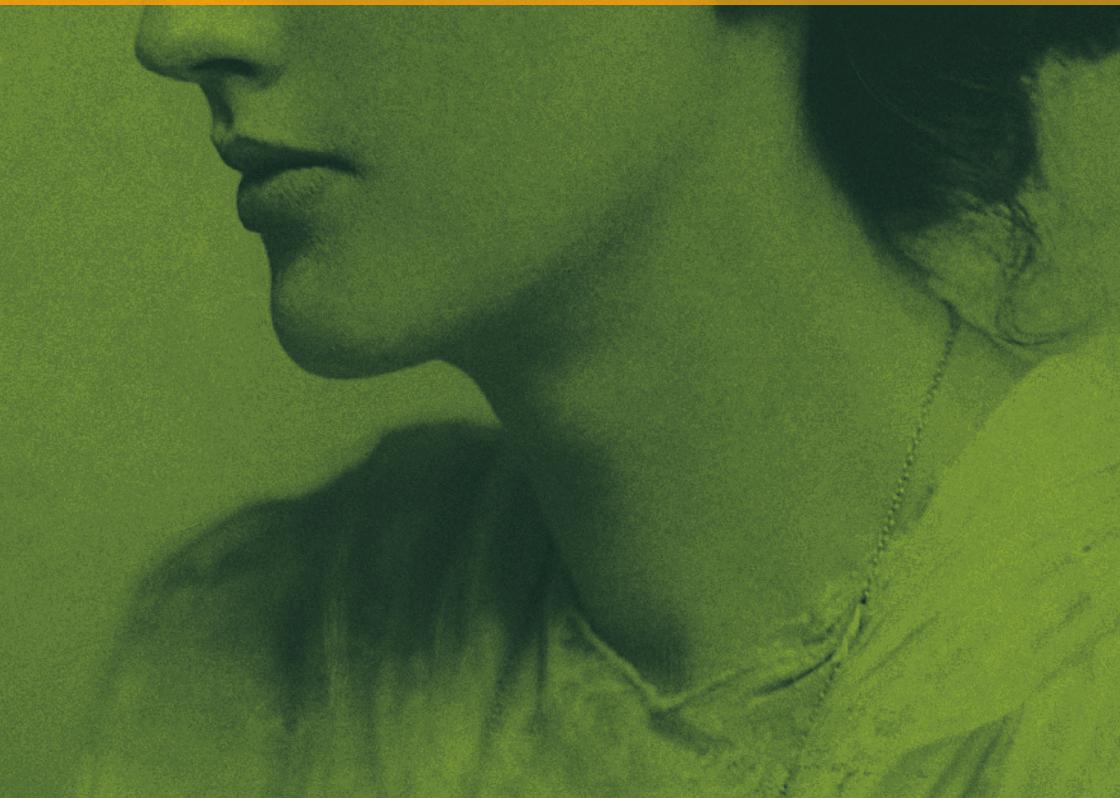




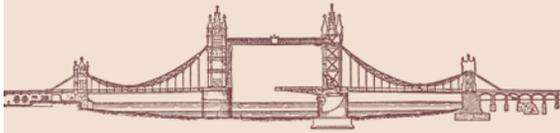
PASEOS POR LONDRES
VIRGINIA WOOLF

CON PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS



PASEOS
POR
LONDRES
VIRGINIA
WOOLF

CON PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS
TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

{8}

PRÓLOGO

Londres eres una joya...

por Laura Freixas

{15}

I. ESSAY

17 Ruta Callejera

{37}

II. LONDRES

39 Abadías y catedrales

49 Cámara de los comunes

59 Casas de grandes hombres

69 Marea de Oxford Street

79 Muelles de Londres

91 Retrato de una londinense

{101}

III. ALGUNOS RELATOS
EN LONDRES

103 Kew Gardens

115 La duquesa y el joyero

127 Señora Dalloway

{146}

CONTEXTO
HISTÓRICO

{148}

CRÉDITOS
FOTOGRAFICOS



PRÓLOGO

LONDRES, ERES UNA JOYA

“Londres, eres una joya entre las joyas¹... Música, conversación, amistad, vistas de la ciudad, libros, edición, algo central e inexplicable: todo eso, ahora, está a mi alcance”, escribía Virginia Woolf en su diario el 9 de enero de 1924. Y es que acababa de pasar siete años, junto con su marido, Leonard Woolf, en un barrio suburbano, Richmond, y el año que empezaba iba a ser el de su regreso al centro de la ciudad. Virginia y Leonard acababan de alquilar un piso en el número 52 de Tavistock Square, en el corazón del barrio que tanto amaban y que dio su nombre al grupo de escritores y artistas al que pertenecían, Bloomsbury.

¹ “Londres eres, una joya entre las joyas, y jaspes de la alegría!”. Virginia Woolf anota esta cita en su entrada del diario del miércoles 9 de enero. La toma del poema de William Dunbar (1465?-1530?), *In Honour of the City of London*. (N. de la e.)

Virginia Woolf conocía bien la ciudad, escenario de la mayor parte de sus novelas (*El cuarto de Jacob*, *La señora Dalloway*, *Las olas*, *Los años*). Había nacido en ella, en 1882, y pasado su infancia en la casa familiar junto a Hyde Park. A la muerte de su padre, en 1904 (su madre había muerto en 1895), sus hermanos y ella tomaron una decisión insólita: vivirían los cuatro juntos en un piso alquilado en Gordon Square, en un barrio entonces nada elegante, Bloomsbury. ¿Por qué Bloomsbury? Porque era céntrico y barato, y estaba cerca del Museo Británico y de su impresionante biblioteca. Los Stephen eran una familia de intelectuales y artistas, y la vocación literaria de Virginia estaba tan clara como la de pintora de su hermana Vanessa Bell. Más adelante, tras su boda en 1912, los Woolf vivieron en la City, entre 1917 y 1924, en Richmond (allí se convirtieron en editores, fundando The Hogarth Press), y finalmente volvieron, como se ha dicho, a Bloomsbury.

Los textos incluidos en esta edición son seis artículos que Woolf escribió para una revista femenina, *Good Housekeeping*, en 1931, más tres relatos (*Kew Gardens* y *La duquesa y el joyero* y *Señora Dalloway*) y un texto maravilloso, *Street Haunting*, excelente muestra (figura en innumerables antologías) de ese género que en inglés se llama *essay* y que no tiene fácil traducción: a medio camino entre lo general y lo particular, entre el reportaje y la autobiografía, es un texto breve que no constituye propiamente un relato, ni un artículo de opinión, ni un ensayo. Dejemos el nombre en inglés y no en español porque apenas hay nada parecido en el ámbito hispano. Pero, aunque pertenezcan a géneros literarios distintos, en todos estos textos refleja Woolf una misma visión de Londres: una ciudad caótica, contradictoria, vertiginosa, en plena transformación, y que su variedad y vitalidad convierten en fascinante. Una ciudad cuyo encanto “radicaba en que siempre ofrecía algo nuevo que mirar y comentar. (*Retrato de una londinense*).

Situémonos en el primer tercio del siglo XX. Son los años en que se generalizan el automóvil, la electricidad, el agua corriente, la radio, el gramófono, el metro, las fábricas, los grandes almacenes... Es la era

de lo fragmentario y movedizo: Woolf compara Londres con un puzle, exalta su perpetua “carrera y desorden” (*Marea de Oxford Street*). Máquinas, velocidad, movimiento: es la era del futurismo, el cubismo, las vanguardias, el cine. Es también la era de los imperios coloniales; de la Revolución Rusa, de la Gran Guerra; del sufragismo, victorioso por fin en 1928 en el Reino Unido. En Londres, los símbolos del pasado, noble, sólido, intemporal, se yuxtaponen con los del presente vulgar, pasajero: “Sus catedrales como vigías, sus chimeneas y agujas, sus grúas y gasómetros”, anota Woolf; ya no es, o no solo, una ciudad de palacios, estatuas de mármol, cenotafios de poetas, sino de “zapatos, pieles, bolsos, estufas, aceites, pudin de arroz, velas”. Bucólicas iglesuelas rodeadas de apacibles cementerios alternan con fábricas de jabón o de papel pintado, y los grandes hombres de siglos pretéritos — aristócratas, estadistas, escritores— dejan paso a “un millón de Mr. Smiths y Miss Browns” que se afanan por las calles camino a la oficina, a la fábrica, o de compras. Y de todo ello emergen nuevas y extrañas formas de belleza, que explorarán los artistas de la época, dando el rango de arte a esos despojos o trastos que los surrealistas llamaron *objets trouvés*, “objetos encontrados”. Ya no es, como en el pasado, un Londres “que no ha sido construido para durar”, sino “para caducar” (*Marea de Oxford Street*).

Y a Virginia Woolf ese Londres le gusta. Le gusta su vitalidad: es un lugar donde “la gente se encuentra y habla, ríe, se casa, muere, pinta, escribe, actúa, gobierna, legisla” (*Retrato de una londinense*). Le gusta que sea el centro del mundo: “Es difícil hallar una nave que, en su día, no haya echado el ancla en el puerto de Londres” procedente de la India, Rusia, Australia, Suramérica, trayendo colmillos de mamut siberiano, tortugas galápagos, sacos de canela de los que surge de pronto una serpiente... Y llegan, también, británicos que vuelven de las colonias, y cuentan sus “aventuras entre tigres y salvajes” (*Los muelles de Londres*).

Le gusta, sobre todo, la variedad. Variedad de barrios: observa los matices estéticos y sociales que diferencian Piccadilly Circus de Savile Row, Whitechapel de Mayfair, Bond Street de Oxford Street, Hamp-

stead de Cheyne Row, y narra el ascenso social de un personaje a través de sus mudanzas (*La duquesa y el joyero*). Variedad de objetos: acordeones, libros de segunda mano, broches, anillos, estatuas de mármol, tulipanes, pelucas, cigarrillos envueltos en papel plateado, “sofás que se apoyan en los cuellos dorados de unos orgullosos cisnes”, “alfombras que se han hecho tan finas con el tiempo que sus claveles prácticamente han desaparecido en un mar verde pálido” (*Ruta callejera*)... Variedad de personas: dos hombres barbudos y ciegos; una ladrona; una enana probándose zapatos; vendedores de tortugas, de mangos de paraguas, de estampas de mártires; una pareja que se casa... Londres representa la libertad, por lo menos mental: nos permite hacernos la ilusión de no estar amarrados “a una única mente” (*Ruta callejera*).

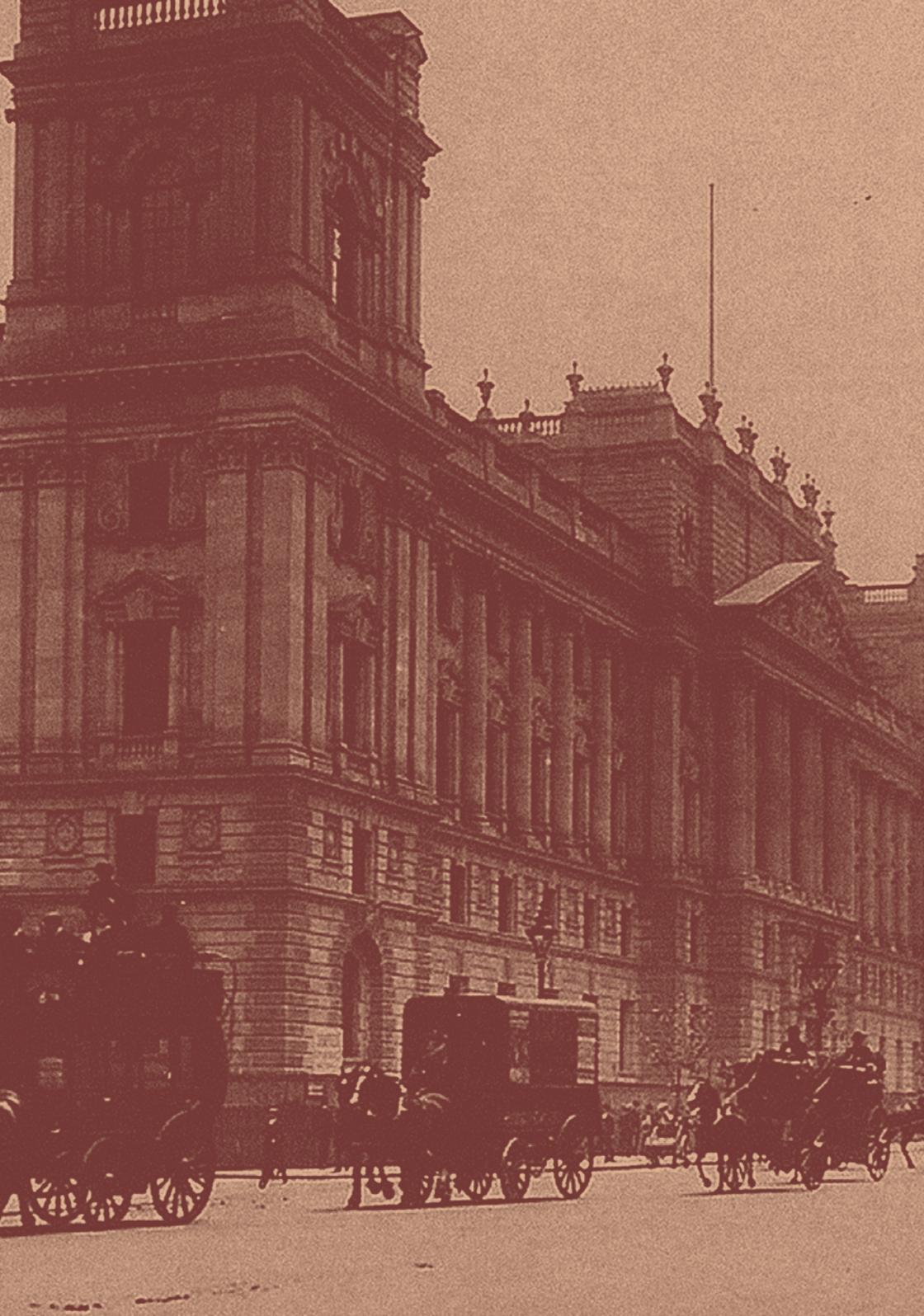
Nunca, quizá, como en el primer tercio del siglo XX, fue tan acusada la diferencia entre la gran ciudad y las zonas menos urbanas. Éstas, Woolf las conocía por sus veranos de infancia, con su familia, en la costa (evocada en varias de sus novelas, sobre todo en *Al faro*, aunque ésta se sitúa supuestamente en Escocia mientras que en realidad los Stephen veraneaban en St. Ives, en Cornualles), y también porque frecuentaba el campo: a partir de 1919, ella y Leonard tuvieron casa en el condado de Sussex, a un centenar de kilómetros de la capital. Justamente, la presencia de la naturaleza en la ciudad es uno de los rasgos más personales de la visión que Virginia Woolf tiene de Londres. El asfalto no le impide percibir la aparición, cuando llega la primavera, de tulipanes, violetas, narcisos, u observar las palomas, o escuchar “leves crujidos y susurros de hojas y ramitas” (*Ruta callejera*); la llegada del calor le hace anhelar “sombra y soledad” y “dulces fragancias procedentes de los campos de heno” (*Ruta callejera*). Y además de la observación, también los símiles y metáforas le permiten introducir, en su descripción de los paisajes urbanos, el recuerdo de la naturaleza, a menudo con un toque de humor, como cuando compara la búsqueda de un lápiz con la caza de un zorro, los libros de la biblioteca pública con animales domesticados (al contrario de las “aves de plumas abigarradas” que pueblan las librerías de viejo),

los barcos amarrados al muelle con criaturas aladas atadas a la tierra por una pata, o las estatuas de los grandes hombres con leones marinos.

¿Y qué conclusión, qué síntesis, extraer de todo ello? Ninguna. “Es inútil llegar a algún tipo de conclusión en lo tocante a Oxford Street”: así termina el texto que dedica a esa calle. Lo que nos recuerda una frase clave de *Al faro*: “Nada es una sola cosa”. Es el principio, o uno de ellos, que preside su literatura: todo fluye, todo cambia, se mueve. Las generaciones se suceden y se tapan unas a otras como olas, los personajes son distintos según quién les mire y diferentes también para sí mismos en distintos momentos; la vida es un río que la artista captura y congela en la única eternidad posible, la del arte. Pero ni siquiera el arte aprehende nada de una vez por todas, porque la realidad no está hecha solo de granito, sino también de arco iris... Es así como Londres, reflejado en estos textos hermosos, poéticos, humorísticos y reflexivos como todos los suyos, termina encarnando la visión que Virginia Woolf tenía del mundo y de la vida.

LAURA FREIXAS





CAPÍTULO I

ESSAY

*Caminar sola por Londres
es el mayor descanso.*

28 DE MARZO DE 1930, DIARIO ÍNTIMO





RUTA CALLEJERA

(STREET HAUNTING)

Nadie quizá haya deseado con fervor un lápiz de mina. Sin embargo, en determinadas circunstancias puede resultar absolutamente conveniente poseer uno; tal es el caso de los momentos en que estamos decididos a tener un propósito, una excusa para cruzar a pie medio Londres entre la hora del té y la cena. Del mismo modo que un cazador de zorros caza para proteger la especie, y el golfista juega para que los espacios abiertos se conserven pese a los intereses de los constructores, cuando nos asalta el deseo de caminar por las calles el lápiz sirve de pretexto.

—Debo comprarme un lápiz sin falta —decimos levantándonos, como si al abrigo de esta excusa nos pudiéramos permitir con tranquilidad el mayor placer que nos ofrece la vida urbana en invierno: pasear por las calles de Londres.

Debería ser por la tarde, y en invierno, ya que en esta estación se agradece el brillo de color champán que adquiere el aire y la sociabilidad de las calles. Entonces, a diferencia de lo que ocurre en verano, no nos hostigan el vivo deseo de sombra y soledad y las dulces fragancias procedentes de los campos de heno. Además, la tarde nos da la irresponsabilidad que brindan la oscuridad y la luz de las farolas. Ya no somos en absoluto nosotros mismos. Cuando salimos de casa una deliciosa tarde entre las cuatro y las seis, nos liberamos del yo que conocen nuestros amigos y pasamos a formar parte de ese inmenso ejército republicano de vagabundos anónimos, cuya compañía resulta de lo más agradable luego de la soledad de la propia habitación. En efecto, en ella nos sentamos rodeados por objetos que, de forma permanente, expresan la singularidad de nuestros temperamentos y hacen valer los recuerdos de nuestra propia experiencia. Ese cuenco sobre la repisa de la chimenea, por ejemplo, lo compramos en Mantua un día de mucho viento. Ya salíamos de la tienda cuando la siniestra anciana nos tiró de la falda y dijo que se moriría de hambre uno de esos días; aun así, exclamó «¡Lléveselo!», y nos soltó en las manos el cuenco de porcelana azul y blanca, como si nunca quisiera que la recordaran por su quijotesca generosidad. Así pues, con sentimiento de culpa, aunque sospechando, a pesar de todo, que nos habían desplumado, nos lo llevamos de vuelta al pequeño hotel, donde, a media noche, el posadero discutió tan violentamente con su mujer que todos nos asomamos al patio a mirar, y vimos las enredaderas anudadas entre las columnas y las estrellas blancas en el cielo. Ese momento quedó grabado para siempre, acuñado como una moneda que entre un millón se escurre de modo imperceptible. Allí también estaba el inglés melancólico, que se levantó entre las tazas de café y las mesitas de hierro y reveló los secretos de su alma, como hacen los viajeros. Todo esto Italia, la mañana de viento, las enredaderas que entrelazaban las columnas, el inglés y los secretos de su alma se elevaron en una nube desde el cuenco de porcelana, situado sobre la repisa de la chimenea. Y allí, cuando bajamos la mirada al suelo, está esa mancha

marrón sobre la alfombra. El señor Lloyd George fue el culpable. «¡Ese hombre es un demonio!», había exclamado el señor Cummings, dejando en el suelo el recipiente con el que se disponía a llenar la tetera, y quemó la alfombra, donde quedó un círculo marrón.

Pero cuando la puerta se cierra ante nosotros, todo esto desaparece. La envoltura en forma de caparazón que nuestras almas han excretado para alojarse, para fabricarse para sí mismas una figura diferente de las otras, está rota, y de todas estas arrugas y asperezas queda una ostra central de agudeza, un ojo enorme. ¡Qué hermosa es una calle en invierno! Resulta a la vez reveladora y enigmática. Apenas es posible seguir la pista de avenidas rectas y simétricas de puertas y ventanas; en ella, bajo las farolas, flotan islas de luz pálida por las que pasan deprisa hombres y mujeres llenos de energía, quienes, a pesar de su pobreza y aspecto andrajoso, tienen un cierto aspecto irreal, un aire de triunfo, como si se les hubiera escapado la vida, de modo que esta, despojada de su presa, avanza dando tumbos sin ellos. No obstante, al fin y al cabo, tan solo nos deslizamos con soltura por la superficie. Este ojo no es un minero, ni un submarinista, ni un buscador de un tesoro enterrado. Nos transporta sin dificultad por una corriente; descansando, deteniéndose, el cerebro se duerme quizá mientras él mira.

Así pues, cuán preciosa es una calle de Londres, con sus islas de luz y sus largas matas de oscuridad, y en una acera tal vez encontremos algunos espacios salpicados de árboles y poblados de hierba, donde la noche se repliega sobre sí misma para dormir plácidamente. Al pasar al lado de la verja de hierro, uno siente esos leves crujidos y susurros de hojas y ramitas que parecen intuir el silencio de los campos de todo alrededor, el ulular de un búho y, muy a lo lejos, el traqueteo de un tren en el valle. Pero nos recuerdan que esto es Londres. En lo alto, entre los árboles desnudos, penden unos alargados marcos de una luz amarilla rojiza, las ventanas; unos puntos de resplandor, las farolas, arden sin tregua como estrellas bajas. Este terreno vacío, que mantiene arraigados el país y la paz de este, es tan solo una plaza de Londres, atestada de despachos y

casas donde a estas horas unas luces intensas iluminan mapas, documentos, escritorios en los que unos oficinistas sentados hojean con un dedo índice humedecido los archivos de un sinfín de cartas. O, de un modo más envolvente, la luz de la lumbre tiembla y la de la farola acecha la intimidad de alguna sala, sus sillones, periódicos, su porcelana y su mesa con incrustaciones, y la figura de una mujer que cuenta escrupulosamente el número exacto de cucharillas de té que... En ese instante mira hacia la puerta, como si hubiera escuchado el timbre de abajo, y una voz pregunta: «¿Hay alguien ahí?».

Sin embargo, debemos detenernos imperiosamente. Corremos el peligro de escarbar más de lo que la vista aprueba; impedimos nuestro paso por la sosegada corriente agarrándonos a alguna rama o raíz. En cualquier momento, el ejército durmiente puede despertar y avivar en nosotros un millar de violines y trompetas a modo de respuesta; el ejército de seres humanos puede desperezarse e imponer todas sus singularidades, sufrimientos y bajezas. Recreémonos un poco más, conformémonos, a pesar de todo, simplemente con las superficies: el brillo refulgente de los ómnibus; el esplendor carnal de las carnicerías, con sus ijadas amarillas y filetes morados; los ramos azules y rojos de flores que se exhiben osados tras el cristal del escaparate de la floristería.

Y es que la vista posee esta extraña propiedad: reposa solo en la belleza. Al igual que la mariposa, busca el color y se regodea con la calidez. Una noche de invierno como esta, en la que la naturaleza ha puesto mucho esmero en sacarse brillo y acicalarse, trae los trofeos más bonitos, parte pequeños fragmentos de esmeralda y coral como si toda la Tierra estuviera hecha de piedra preciosa. Lo que no es capaz de hacer (una habla de la típica mirada poco profesional) es componer estos trofeos de modo que se realcen sus ángulos y relaciones más recónditos. De ahí que, tras una prolongada dieta a base de estos platos sencillos y dulces, de belleza pura e íntegra, tomemos consciencia de la saciedad. Nos detenemos ante la puerta de la zapatería y nos inventamos cualquier pequeña excusa, que nada tiene que ver con el motivo real, para

apartarnos de la reluciente parafernalia de las calles y retirarnos a alguna estancia más oscura del ser donde quizá nos preguntemos, mientras levantamos el pie izquierdo obedientemente sobre la banqueta: «¿Y cómo es, pues, ser una enana?»».

Ella entró acompañada de dos mujeres que, aunque eran de estatura normal, parecían bondadosas gigantes a su lado. Sonriendo a las dependientas, parecían negar rotundamente la deformidad de ella y garantizar su protección. La mujer en cuestión lucía esa expresión malhumorada, aunque arrepentida, tan habitual en los rostros de los deformes. Necesitaba que las dependientas fueran amables con ella, si bien esto la incomodaba. Pero cuando la dependienta acudió a atenderlas y las gigantes, sonriendo con indulgencia, le pidieron unos zapatos para «esa señora», a lo que la chica arrimó la pequeña banqueta delante de ella, la enana sacó el pie con tanto ímpetu que pareció que quería llamar toda nuestra atención. Era como si nos dijera a gritos: «¡Mirad! ¡Mirad!», mientras lo estiraba, y es que, quién lo iba a decir, ese era el pie bien torneado y perfectamente proporcionado de una mujer adulta. Estaba arqueado; era aristocrático.



"St. Margaret's" and "Big Ben," London.

La enana cambió por completo de actitud cuando contempló su pie apoyado en la banqueta. Parecía aliviada y satisfecha. Desprendía confianza en sí misma. Pidió que le trajeran un zapato tras otro; se probó un par tras otro. Se levantó y dio varias vueltas frente a un espejo que reflejaba solo su pie con unos zapatos amarillos, con unos de color beige, con unos de piel de lagarto. Se levantó la diminuta falda y mostró sus minúsculas piernas. Pensaba que, después de todo, los pies son la parte más importante de toda la persona; a las mujeres, se dijo a sí misma, les han querido solo por sus pies. Viendo nada más que sus pies, imaginó tal vez que el resto de su cuerpo estaba en consonancia con aquellos hermosos pies. Iba mal vestida, pero estaba dispuesta a gastarse lo que fuera en sus zapatos. Y como ésa era la única ocasión en la que no temía que la miraran, sino que reclamaba la atención con vehemencia, estaba dispuesta a recurrir a cualquier artimaña para alargar el tiempo de prueba y selección. Era como si dijera: «Mirad mis pies», mientras daba un paso hacia allá y luego otro hacia allí. La dependienta la obsequió, a buen seguro, con algún comentario halagador, ya que de pronto el rostro de la enana se iluminó como extasiado. Sin embargo, al fin y al cabo, las gigantas, por muy bondadosas que fueran, tenían sus propios asuntos que atender, y ella debía elegir, debía decidir con qué zapatos se quedaba. Finalmente eligió el par y, mientras salía de la zapatería custodiada por sus guardianas, con el paquete balanceándose en su dedo, su éxtasis se desvaneció, volvió la consciencia, se impuso el viejo malhumor, el viejo arrepentimiento, y cuando pisó la calle de nuevo ya se había convertido en una simple enana.

De todos modos, le había cambiado el ánimo; había generado una atmósfera que, mientras la seguimos a la calle, en verdad parecía dar cabida a los jorobados, a los contrahechos, a los deformes. Por la calle caminaban dos hombres barbudos, hermanos al parecer, totalmente ciegos, que se apoyaban con una mano sobre la cabeza de un niño que había entre ellos. Marchaban con el paso implacable, aunque vacilante, de los ciegos, que parece conferir a su avance algo del terror y la inevi-

tabilidad del destino que los ha asaltado. Al pasar, el pequeño convoy, que seguía caminando en línea recta, daba la sensación de turbar a los transeúntes con el empuje de su silencio, su franqueza, su desgracia. En efecto, la enana había iniciado un grotesco baile renqueante que todos los transeúntes ya habían aceptado: la dama corpulenta se envolvió a conciencia en una brillante piel de foca; el chico deficiente chupó el puño de plata de su bastón; el anciano se agachó en un umbral como si, de pronto embargado por la absurdidad del espectáculo humano, se hubiera sentado para mirarlo. Todos ellos acompañaban la cojera y los toques del baile de la enana.

¿En qué grietas y recovecos, uno podría preguntarse, se hospedaba esa compañía mutilada de los lisiados y los ciegos? Aquí, tal vez, en las habitaciones de arriba de estas viejas y angostas casas situadas entre el Holborn y el Soho, donde la gente tiene esos nombres tan extraños y se dedica a una retahíla de negocios de lo más curiosos; son batidores de oro y plisadores de acordeones, forran botones, o bien realizan actividades incluso más descabelladas, mercadeando con tazas sin platillos, mangos de paraguas de porcelana e imágenes muy coloristas de mártires. Ahí se hospedan, y es como si la dama del abrigo de piel de foca encontrara la vida soportable, pasando el rato con el plisador de acordeones o el hombre que forra botones; una vida tan fantástica que no puede ser ni por asomo trágica. Pensamos que no envidian nuestra prosperidad cuando, de repente, al doblar la esquina, nos encontramos con un judío barbudo, huraño, roído por el hambre, que deslumbra con su miseria, o pasamos junto al cuerpo encorvado de una anciana que yace abandonada en el escalón de un edificio público, cubierta con un paño, como la manta que se arroja apresuradamente sobre un caballo o asno muerto. Ante estas imágenes, parece que los nervios de la columna permanecen de punta; un destello repentino ilumina nuestros ojos; se formula una pregunta para la que nunca habrá respuesta. Demasiado a menudo estos marginados deciden tumbarse a un paso de los teatros, donde se puede escuchar los organillos, casi, cuando anochece, donde



1

MAPA LITERARIO DE BLOOMSBURY

Uno de los lugares más amados por Virginia Woolf era la gran sala de lectura de la British Library cercana a su domicilio. Encontramos algunas referencias en *Una habitación propia* y también vemos al personaje Marlowe de *La habitación de Jacob* leer en ella y observar a otros lectores de la sala. En Gordon Square, en el número 46, se encontraba el domicilio de su hermana Vanessa y su marido Clive Bell, al que después, en 1917, se mudó el economista John Maynard Keynes y su familia. En 1920 Vanessa se trasladó con su familia al número 37 y, más tarde, al 50. Casi al lado, en el 51, vivía el escritor Lytton Strachey, y en el 41 su hermano James Strachey. También el escritor Charles Dickens vivió en la plaza de Tavistock, concretamente en el lado este de la misma, casi enfrente del número 52 en el que permanecieron durante una veintena de años los Woolf, lugar que ahora ocupa un hotel.

Otros edificios vinculados a la vida de Virginia son el 38 de Brunswick Square donde vivió brevemente antes de su boda, y el 37 de Mecklenburg Square donde el matrimonio vivió unos meses tras ser bombardeado su domicilio de Tavistock. Sin salir del barrio está Fitzroy Square, a cuyo alrededor vivieron Virginia y su hermano Adrian y, en otros edificios de la misma, Roger Fry, Duncan Grant y Maynard Keynes. En el 44 de Bedford Square residió Lady Ottoline Morrell a cuyas tertulias de los martes acudían muchos de los miembros del Grupo de Bloomsbury.



Olor a madera, tinta y papel, caserones eduardianos con escaleras quejumbrosas y luminosas claraboyas..., Londres sigue siendo libresco y bibliófilo. Es Charing Cross Road y sus calles adyacentes las que trazan una geografía llena de tesoros para los amantes de la lectura. Haciendo esquina con la calle está el *universo* Foyle's, y la novela autobiográfica de Helen Hanff, *84, Charing Cross Road*, nos habla de ese reino íntimo de los buenos libreros, que conocen bien sus estantes, pues en ellos se les ha pasado la vida. La librería real que conoció Hanff y en la que se abastecía regularmente era Marks & Co, pero ya no existe. Hay otras muchas que resisten los tiempos y llevan aún el nombre de sus dueños o fundadores y se pueden visitar por la peatonal Cecil Court. El honor de ser la más antigua de Londres le corresponde a Hatchard en el número 187 de Picadilly, donde se abastecía Virginia Woolf y los escritores del Grupo de Bloomsbury. Hay otras librerías repartidas por Londres con el perfume de otra época como la vieja Sotheran's en Sackville Street, pero existe una trilogía de librerías de viaje que todo visitante debe conocer, pues están llenas de encanto.

*Los libros de segunda mano son libros salvajes,
sin hogar; se han unido como aves de plumas
abigarradas, y poseen un encanto del que carecen
los volúmenes domesticados de la biblioteca.*

Se dice que es una de las más bonitas de Londres: Daunt Books en Marylebone High Street es la original de esta pequeña cadena y un lugar lleno de magia por su sala central en dos alturas, hermosamente iluminada por el gran lucernario. The Travel Bookshop en Blenheim Crescent es otra librería que inspiró a los guionistas de la película *Notting Hill*, y la bella Stanford's en Long Acre, cierra dignamente esta breve relación con su surtido impecable de títulos sobre literatura de viaje y mapas. Fue fundada en 1853 por Edward Stanford y presumen de haber suministrado libros a David Livingstone, al capitán Robert Falcon Scott, o a Ernest Shackleton, Florence Nightingale, Ranulph Fiennes, Bill Bryson, y Michael Palin, sólo por citar algunos.



LA VIDA DE VIRGINIA WOOLF

Virginia Stephen nació en Londres en 1882 y murió en 1941 en Lewes, Sussex. Sus padres, Leslie y Julia, habían enviudado con anterioridad, lo que sumó a sus cuatro hijos, Thoby, Vanessa, Virginia y Adrian, los habidos en sus anteriores matrimonios, Laura, George, Stella y Gerald. Su madre murió cuando Virginia tenía trece años, lo que originó uno de los primeros episodios depresivos que iban a ser recurrentes toda su vida, pues ahora se sabe que padecía un trastorno bipolar. Su hermanastra Laura también padecía trastornos mentales y fue internada, y Stella, que se había quedado al cuidado de la prole, murió sorpresivamente en su viaje de novios, por lo que la relación de las hermanas Vanessa y Virginia fue muy estrecha y dependiente toda la vida. Desde muy pronto acordaron que la una iba a ser pintora y la otra escritora. Las dos hermanas se educaron en casa con la biblioteca de su padre, Leslie Stephen, periodista, filósofo, autor y editor del *Dictionary of National Biography*. A la muerte del padre los hijos se trasladan a Bloomsbury. Parece probado que en este periodo de convivencia con sus hermanastros mayores se produjeron abusos sexuales tanto a ella como a Vanessa.

En la casa comenzaron las reuniones con amigos, intelectuales y artistas del entorno de su hermano Thoby en Cambridge, que después germinaron en el Grupo de Bloomsbury y entre ellos apareció Leonard Woolf, entonces economista y funcionario del estado en Ceilán e India y con quién se casó en 1912 cuando Virginia contaba treinta. Fue un feliz matrimonio vinculado, además, por la creación de la editorial Hogarth Press donde publicaban casi todos los autores del grupo.

El periodo de madurez literaria de Virginia Woolf se extiende de 1924 hasta muy avanzada la década de los treinta. En esos años produce una literatura de fuerte personalidad y muy innovadora, pues abordaba la escritura desde la fluidez de la conciencia y la rapidez de giros inspiradores de la mente, experimentando con los recursos formales de la narración, aunque estructurados alrededor de un núcleo abierto no caracterizado por los personajes o el argumento. Las tiradas de sus obras fueron notables para la época, lo que permitió a la pareja, arreglar Monk House, su casa de campo, construir su estudio —*Una habitación propia*— y hasta comprar un coche. Con su fama comenzó una vida social muy activa que no la distrajo de la escritura.

La relación con Vita Sackville-West comenzó en diciembre de 1925 antes del inicio del viaje a Persia con su marido Harold Nicolson y se mantuvo unos once años. Una vez apagada la pasión aún continuó como una relación estrecha y con el conocimiento de sus respectivos maridos. Sus cartas en ese periodo son apasionadas y expectantes y muestran la intimidad y la intensidad de su relación amorosa.

Después del bombardeo de la casa londinense el matrimonio se refugió en Monk House, pero en la primavera de 1941 arreciaron sus problemas mentales. El 28 de marzo se arrojó al río Ouse con los bolsillos de su abrigo llenos de piedras. Dejó dos cartas a su marido y una a su hermana Vanessa en las que expresaba su deseo de no ser una carga. En realidad, durante décadas, el suicidio y la muerte aparecen siempre como una constante en sus escritos, sus diarios y cartas. Mas tarde su sobrino Quentin Bell escribió la primera biografía de su tía y su figura se oscureció hasta que fue rescatada por el Movimiento Feminista de los años setenta.



PASEOS POR LONDRES NO ACABA AQUÍ...

Os invitamos a conocer el programa de Viaje Literario que acompaña este libro:

LOS ESCENARIOS LITERARIOS DE VIRGINIA WOOLF

Una ruta por las casas y barrios de Londres donde vivió la escritora, así como su casa-museo Monk's House en Rodmell, Sussex; la casa de campo de su hermana Vanessa Bell, Charleston Farmhouse; el castillo y jardines de su amiga y amante, Vita Sackville West y la casa-museo de su tía, la fotógrafa Julia Margaret Cameron en la Isla de Wight.

Durante el viaje se imparten charlas sobre la vida y la obra de Virginia Woolf.



PUEDES ACCEDER A ÉSTE Y OTROS CONTENIDOS EN NUESTRA WEB:

www.lalineadelhorizonte.com

PASEOS POR LONDRES

VIRGINIA WOOLF

EL LONDRES LITERARIO, EL LONDRES REFUGIO E INSPIRACIÓN de tantos escritores, asoma a estas deliciosas páginas como una muestra de la escritura de Virginia Woolf en todas sus facetas: ficción, ensayo, artículos... La vida y la obra de Virginia Woolf siempre aparece impregnada de la vibrante atmósfera londinense. El bullicio de sus calles, el ruido del tráfico, la serena majestuosidad de sus edificios, sus tiendas y librerías, los personajes que, como ella misma, dibujan el alma literaria de una ciudad pueblan estos relatos. En estos textos, y también en sus *Diarios*, confiesa el placer que siempre le procura deambular por su ciudad, arriba y abajo, con esa atención flotante que va desde los atestados ómnibus, hasta la vista majestuosa desde una colina de ese Londres compactado en sustratos, amalgama brumosa de los tumultos de su historia.

A estos *Paseos por Londres* hemos convocado algunos de sus más celebrados relatos en los que Londres es más que un paisaje o un ambiente, sino que casi se transforma en un personaje más de la historia que acoge.

El principio, o uno de ellos, que preside la literatura de Virginia Woolf: todo fluye, todo cambia, se mueve. Las generaciones se suceden y se tapan unas a otras como olas, los personajes son distintos según quién les mire y diferentes también para sí mismos en distintos momentos; la vida es un río que la artista captura y congela en la única eternidad posible, la del arte. Pero ni siquiera el arte aprehende nada de una vez por todas, porque la realidad no está hecha solo de granito, sino también de arco iris... Es así como Londres, reflejado en estos textos hermosos, poéticos, humorísticos y reflexivos como todos los suyos, termina encarnando la visión que Virginia Woolf tenía del mundo y de la vida.

Laura Freixas

Londres es una especie de hongo, cuyo crecimiento masivo evolucionó al margen del comercio, la guerra o la industria, transformándose todo el tiempo. Virginia Woolf lo percibe como el centro de una civilización muy antigua que, además, se reinventa y renueva constantemente.

Hermione Lee

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ISBN: 978-84-15958-28-4

